

## *PROBLEMAS EN LA N. A. T. O.*

### *REUNION DEL CONSEJO DE MINISTROS DE ASUNTOS EXTERIORES DE LA N. A. T. O. DEL 8 AL 10 DE MAYO DE 1961 EN OSLO*

La reunión celebrada por el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de la N. A. T. O. del 8 al 10 de mayo en Oslo, no ha dado grandes sorpresas. Se creyó que en esta reunión culminarían las tensiones que han agitado a la alianza desde mediados del pasado año, cuando el recrudecimiento de la guerra fría hizo conveniente reforzar la efectividad de la Organización.

Existen, efectivamente, grandes tensiones de diversa naturaleza en el seno de la alianza. La obligada inercia del Gobierno americano en la última reunión del Consejo el pasado diciembre no hizo más que intensificar estas tensiones internas. Posteriormente, el Gobierno del Presidente Kennedy se obstinó en no comprometerse anticipadamente y guardó un equivoco silencio en torno a la N. A. T. O. (se ha dicho incluso que no sabían qué hacer con ella). El mensaje enviado por el Presidente a la N. A. T. O. desde Palm Beach el pasado diciembre, el discurso pronunciado por el vicepresidente Johnson ante la Asamblea de Parlamentarios de la N. A. T. O. el pasado año, el nombramiento de embajador ante la N. A. T. O. de Finletter, así como las afirmaciones que posteriormente ha hecho Kennedy respecto a la importancia atribuida por los Estados Unidos a la N. A. T. O., refiriéndose a la Organización como «piedra angular» de la estrategia de su país, no lograron disipar las dudas de los aliados europeos. La Organización tenía importantes problemas que resolver, y la nueva política americana no indicaba con claridad la actitud que iba a adoptar el principal miembro de la alianza para resolverlos. La dimisión del Secretario general, Spaak, no hizo más que aumentar la inquietud.

Estas dudas se acrecentaron sobremanera ante las sorpresas que comenzó a dar la nueva política exterior americana en Africa, Hispanoamérica y Asia, sorpresas que en ocasiones se tradujeron en severas tensiones internas que amenazaban con destruir a la misma alianza.

Por todo ello la reunión de Oslo fué precedida de gran expectación y

muchas especulaciones. Se creyó que la crisis interna de la N. A. T. O. saldría a la luz en esta reunión y que en ella los aliados agraviados por la nueva política exterior americana ventilarían enérgicamente sus resentimientos y que la Organización adoptaría dramáticamente profundas reformas que renovarían la estructura militar, política y económica de la alianza.

Analícemos ante todo estas tensiones y estos problemas, para estudiar luego cómo se han manifestado en la reunión de Oslo y las perspectivas que a su luz parece ofrecer la alianza en los próximos meses.

## I. PROBLEMAS.

Desde hace ya algunos años, la N. A. T. O. tenía planteados varios problemas de organización y estrategia que fueron objeto de detenidos estudios por parte de la Comandancia Suprema de la alianza. Estos problemas consistían esencialmente en que los conceptos estratégicos de la N. A. T. O. habían sido superados por nuevas circunstancias políticas y militares; en una palabra, era necesario transformar la organización estratégica de la alianza.

Efectivamente, la estrategia de la N. A. T. O., establecida hace once años por el general Eisenhower, se dedujo de dos hechos fundamentales: 1) La relativa debilidad de las fuerzas europeas frente a las 200 divisiones que la U. R. S. S. mantiene constantemente en pie de guerra; los países europeos no podrían, evidentemente, resistir un ataque soviético, incluso aunque éste se limitase al empleo de fuerzas convencionales. 2) La neta superioridad del armamento atómico de los Estados Unidos, cuya capacidad destructiva hacía improbable un ataque soviético.

Se pensó entonces que la terrible fuerza destructiva de las bombas atómicas americanas a bordo de bombarderos estratégicamente dispersados y coordinados mediante un sistema de alarma y vuelos constantes, conocido por el S. A. C. (Strategic Air Command), sería suficiente para disuadir a la Unión Soviética de un ataque en cualquier parte del mundo. La misión de la NATO, paralela a la de otras alianzas celebradas posteriormente en otras regiones del globo, consiste en oponer a un eventual ataque soviético una coraza defensiva que detenga a las fuerzas enemigas el tiempo necesario para poner en funcionamiento el sistema ofensivo de los bombarderos del S. A. C.

Así, pues, Europa quedaba en cierta manera bajo la protección del poderío militar americano. Los Estados Unidos garantizaban la defensa de los países europeos blandiendo bombas atómicas ante la faz del agresor.

Ahora bien, las circunstancias que determinaron estos conceptos estratégicos se han modificado radicalmente en los últimos años. La U. R. S. S. no

sólo ha progresado científica e industrialmente hasta alcanzar una situación de paridad atómica con los Estados Unidos, sino que además ha dispersado su potencial nuclear a través de un sistema de proyectiles dirigidos de alcance medio (MRBM) e intercontinental (ICBM), dotados de cabezas atómicas, sistema que en ciertos aspectos es más ágil y más temible que el del S. A. C. Esto significa que la protección atómica ofrecida por los Estados Unidos a las fuerza de la N. A. T. O. no es ya suficiente para disuadir a la U. R. S. S. de atacar a Europa.

Los americanos no han tenido más remedio que constatar este hecho y desarrollar nuevos conceptos estratégicos que puedan poner coto a la nueva situación. Así ha surgido la idea del llamado «umbral nuclear». Se estima ahora que dada la paridad atómica existente entre los Estados Unidos y la U. R. S. S., ni uno ni otro bando se atrevería a desencadenar una conflagración atómica mundial que equivaldría a una verdadera hecatombe humana. La atención de los militares se ha centrado entonces sobre las fuerzas convencionales. Antes, la superioridad atómica de los Estados Unidos hacía suponer que las fuerzas convencionales no entrarían nunca en juego. Ahora, por el contrario, ambos bandos acudirían primero al empleo de fuerzas convencionales sin restricción alguna y no emplearían sus respectivas armas atómicas, a no ser que las fuerzas convencionales resultasen insuficientes para detener y contrarrestar la agresión. El «umbral nuclear» es justamente el punto en que las fuerzas convencionales de un país no resultan ya suficientes ante las fuerzas convencionales del agresor, imponiéndose entonces el empleo de armas atómicas como único medio de defensa.

Pues bien, frente a la amenaza militar de la U. R. S. S. puede decirse que el «umbral nuclear» de la N. A. T. O. parte de cero; es decir, que en el actual estado de las fuerzas convencionales de la N. A. T. O. es indudable que una agresión soviética sólo podría ser detenida mediante el empleo inmediato de armas atómicas. Como este ataque de fuerzas convencionales es perfectamente posible ahora que la U. R. S. S. no teme el poderío atómico americano y que puede contestar a un ataque atómico con una represalia igualmente destructora y «disuasoria», resulta que la única defensa de Europa estriba en el empleo de armas atómicas americanas.

Ahora bien, los aliados europeos temen con razón que los Estados Unidos no estén dispuestos a emplear armas atómicas para la defensa de sus territorios. A pesar de las garantías que repetidas veces han dado los americanos de defender el territorio europeo de sus aliados frente a un ataque ruso, como si se tratase de su propio territorio, los Estados Unidos no se decidirán a emplear su potencial atómico para la defensa de territorios que les son

políticamente indiferentes, si ello pudiera significar el riesgo de una guerra atómica mundial, que es precisamente lo que intentan evitar a través de la N. A. T. O.

Ante tal situación era indudable que el primer problema de la N. A. T. O. era, evidentemente, aumentar su capacidad defensiva de dos maneras: elevando el grado de su «umbral nuclear» reforzando las fuerzas convencionales de la alianza con objeto de que la defensa de Europa fuese posible aun sin el empleo de bombas atómicas, y en segundo lugar, dotando a la alianza de un sistema disuasorio que pusiese a los Estados Unidos en pie de igualdad en la región europea, contrarrestando la amenaza de los proyectiles dirigidos de alcance medio de la U. R. S. S. con la instalación de otros análogos en Europa.

## II. PROYECTOS.

Ante todo, el Consejo Permanente de la N. A. T. O. emprendió el pasado año esfuerzos dirigidos hacia una mayor efectividad de las fuerzas convencionales que actualmente posee la N. A. T. O. En diciembre del pasado año pudo anunciarse en la reunión del Consejo de Ministros que las fuerzas aéreas francesas destinadas en Alemania y en las provincias orientales de Francia habían sido integradas en el Mando Unificado Aéreo de la NATO; por su parte, la Agrupación Militar de los Estados Unidos en Europa Central (CENTAG), que hasta ahora había dependido exclusivamente de Washington, también fué integrada en el marco de la Comandancia Suprema de la N. A. T. O. a través del comandante de la región de Europa Central (el general Maurice Challe, entonces). También, tras el escándalo que se produjo tras las negociaciones hispano-alemanas para la instalación de bases de aprovisionamiento en retaguardia que necesita el Ejército alemán, le fueron concedidas facilidades en Bélgica, Inglaterra y Francia, en donde incluso han actuado ya fuerzas alemanas con sorprendente discreción.

Pero estas medidas indudablemente no resolvían el problema estratégico de la N. A. T. O. Los Estados Unidos creyeron resolver inicialmente la necesidad de un auténtico sistema de armas nucleares en suelo europeo, mediante la instalación de rampas de lanzamiento en países europeos y el entrenamiento de las fuerzas aliadas en el manejo de proyectiles, conservando, sin embargo, celosamente bajo custodia de las fuerzas americanas en Europa las cabezas atómicas de los proyectiles en cuestión.

Estos buenos deseos han chocado con la resistencia de varios países europeos, que por diversas razones se oponen a la unilateralidad exclusiva del

armamento atómico de la alianza. Dejando a un lado los recelos de los países escandinavos, preocupados por apaciguar y mantener relaciones vecinales cordiales con la U. R. S. S., la resistencia europea se ha centrado en Francia. La autoridad de que goza el general De Gaulle en su país le ha permitido oponerse a las presiones americanas. Francia exigió que fuesen retiradas de su territorio todas las cabezas atómicas del Ejército americano mientras no se sometiesen de alguna manera a las autoridades francesas. Se negó, además, a aceptar que las fuerzas francesas destinadas en Alemania recibiesen proyectiles para su entrenamiento si no iban dotados de sus correspondientes cabezas. Finalmente, como medida conciliatoria antes de la última reunión del Consejo de Ministros, las tropas francesas destinadas en Alemania, bajo las órdenes del ahora notorio general Challe, recibieron proyectiles sin cabezas nucleares para entrenamiento, abriendo así una puerta a la posible extensión del sistema al resto de Francia. Inglaterra, Turquía e Italia han aceptado ya hace tiempo la instalación de proyectiles en su territorio bajo estas condiciones, y los americanos han instalado además rampas de lanzamiento para sus propios proyectiles en Alemania.

Ante la pertinaz resistencia francesa, se pensó en la posibilidad de crear en el seno de la alianza una «cuarta potencia atómica». En una comida celebrada en la villa de recreo en Como del sucesor de Spaak en la Secretaría General de la N. A. T. O., Stikker, entonces embajador de los Países Bajos ante la Organización, y a la que asistían Spaak y Adenauer, el general Norstad expuso el plan que había concebido con Spaak de proporcionar a la NATO un depósito de proyectiles dotados de cabeza nuclear. Adenauer aceptó calurosamente la idea no sólo por ser una solución para el fortalecimiento de la alianza, sino también porque se evitaba de esa manera el que se plantease la espinosa cuestión de la concesión de armas atómicas a la República Federal y porque además le permitiría de esa forma vencer la resistencia de De Gaulle en contra de la integración política del Mercado Común y el progreso del Mercado Común. Inmediatamente, el general Norstad se entrevistó con Eisenhower y el vicepresidente electo, Johnson, mientras Adenauer intentaba convencer a De Gaulle, y Spaak se entrevistaba con Macmillan y luego con Kennedy, Herter y Gates, con Bruce y Nitze, expertos del partido demócrata, y finalmente con Johnson y Fullbright, importante miembro del Comité militar del Senado.

El plan pareció ser acogido con bastante interés. El Departamento de Estado y el de Defensa estudiaron detenidamente el plan del general Norstad, que pudo así recomendar el 2 de noviembre pasado ante la Asamblea Parlamentaria de la N. A. T. O. la aprobación de la Asamblea para la formación

de un depósito nuclear de la alianza y el aumento de sus contingentes militares convencionales. Al final de noviembre, los Ministerios americanos concretaron la propuesta, que fué presentada en su forma final por Herter en la reunión del Consejo de Ministros de diciembre pasado. Se ofrecía a los países aliados la posibilidad de obtener 200 proyectiles «Polaris» para ser montados sobre bases móviles terrestres y submarinas, formando una brigada móvil de fuego destinada principalmente a defender la zona meridional de Europa. Los Estados Unidos proporcionarían a la alianza 80 proyectiles montados sobre cinco submarinos, y los demás miembros de la alianza *compraban* los restantes.

### III. TENSIONES.

El plan Herter, y las variantes que posteriormente ha introducido un grupo de estudio encabezado por Dean Acheson, levantó inmediatamente serias objeciones. Aparte de ciertas dificultades técnicas del plan, los aliados europeos, por unas razones u otras, no se han manifestado nada entusiasmados con la idea de comprar 120 proyectiles «Polaris» para la N. A. T. O. si ésta conserva su actual estructura política. Algunos de ellos se han negado, por otra parte, a elevar sus contingentes de fuerzas convencionales en el sentido indicado por Norstad. Ante la frialdad con que era acogido un plan cuya idea inicial había despertado entusiasmo, los americanos, siempre tardíos en su comprensión de las motivaciones europeas, se preguntan: «¿Los aliados europeos claman por una auténtica defensa de sus territorios, nosotros se la proporcionamos ahora, exigiendo, naturalmente, que ellos participen proporcionalmente en las cargas de su propia defensa, y ahora resulta que no quieren lo que pedían?»

Para comprender esta aparente contradicción o capricho de la política exterior de los aliados europeos es preciso tener en cuenta que además de los problemas estratégicos, la N. A. T. O. adolece de tensiones internas que se han recrudecido considerablemente en los últimos meses. Son justamente estas tensiones las que explican la resistencia europea en aceptar las funciones estratégicas asignadas a Europa por el Pentágono, aunque se reconozca previamente la necesidad de modificar la estrategia de la N. A. T. O.

El cambio estratégico de la N. A. T. O., del que ya se pensaba en 1957, se ha impuesto ahora al cambiar la actitud de la alianza misma frente a su objetivo: la amenaza soviética, a consecuencia del recrudecimiento de la guerra fría. Pero paralelamente ha cambiado también la actitud interna de los miembros de la alianza entre sí. La posición original que recíprocamente

ocupaban los miembros de la alianza hace diez años se caracterizaba por la postración económica de los aliados europeos, la protección hegemónica de los Estados Unidos, la dirección intelectual de Inglaterra, su influjo sobre la Casa Blanca, la inestabilidad política de Francia y los conflictos de ésta y aquélla frente al resurgimiento alemán.

Estas circunstancias se han transformado radicalmente en los últimos tiempos. Por un lado, los países europeos han acrecentado su autoridad propia en el seno de la alianza occidental. Ante la extraordinaria pujanza económica de la Alemania occidental se presentó la sorprendente debilidad de la economía americana, más aparente que real, como se ha comprobado posteriormente, pero no menos fuerte en sus consecuencias cuando se presentaron sus primeros síntomas. No sólo se habló de una posible desvalorización del dólar, sino que además se anunció la drástica reducción de los gastos militares en el extranjero; se pensó además que los países europeos, restablecida su economía, deberían contribuir en una mayor proporción a costear los gastos de la defensa de Europa. Por su parte, el general De Gaulle, consolidada su autoridad en Francia, se había lanzado ya a recuperar el lugar que Francia había abandonado desde la última guerra en el círculo de las grandes potencias. Punto clave de estos planes era la hegemonía política de Francia sobre Europa, respaldada en la bomba atómica francesa. Por otra parte, los países de la N. A. T. O. han tomado la iniciativa en la resolución de sus propios problemas económicos, formando dos bloques económicos de original concepción destinados, indudablemente, a fundirse, determinando así el nacimiento de una nueva entidad económica de extraordinaria importancia. Por así decirlo, los aliados europeos han salido del «regazo» americano y despliegan cada vez con mayor fuerza su propia política exterior y sus propias opiniones diplomáticas.

Contrasta vivamente con esta «autonomía» de los aliados europeos la nueva política exterior del Gobierno americano. Se trata de direcciones y soluciones sorprendentes, dotadas de una agilidad extraordinaria. Nunca hasta ahora habían actuado los americanos con tanta independencia de sus aliados europeos. Nadie pudo prever que el nuevo Presidente iba a adoptar medidas tan drásticas y derroteros tan desacostumbrados en el camino de la política internacional y de la diplomacia en general. Punto culminante de esta «nueva frontera» han sido la actuación de Stevenson en las Naciones Unidas en el asunto de Angola y la intervención armada en Cuba. La actuación de Stevenson fué decisiva para los descalabros de Portugal en las Naciones Unidas. Fué él quien introdujo el tema en el orden del día del Consejo de Seguridad cuando era evidente que de haberse sometido la cues-

ción a votación no habría alcanzado la mayoría necesaria. Luego sus intervenciones orales, bajo una apariencia de moderación y un disfraz de pedante intelectualismo e inexactas generalizaciones, fueron francamente desacostumbradas en los «buenos usos» de la diplomacia.

En cuanto a la intervención armada en Cuba, no deja de sorprender el ridículo deseo de disimular lo que todo el mundo estaba esperando, bajo explicaciones y pretextos extraídos precisamente del viejo arsenal de formalismos de la diplomacia clásica, que tanto han despreciado en el caso de Angola. El bochornoso fracaso sufrido en las Antillas ha puesto de manifiesto no sólo la poca madurez política de Kennedy y de sus consejeros, sino además una gran falta de coordinación entre los órganos del ejecutivo americano.

En cambio, en su forma de conducir los asuntos del sudeste asiático, después de pretender desdeñar los consejos de Inglaterra, los americanos han comenzado a actuar con extraordinaria cautela y sosiego, dignos de un viejo país europeo, y han terminado haciendo un frente común con Inglaterra.

Así, pues, la política americana presenta tres caras: una cara demagógica en Africa, claramente dispuesta a golpear con un zapato cuantas mesas hagan falta para llevar la demagogia más allá que la U. R. S. S.; esta peligrosa política, fácil de iniciar, pero de enormes inconvenientes tácticos, está respaldada por un argumento inexorable: la superioridad económica de los Estados Unidos, que les permitirá apuntalar sus promesas demagógicas con una sustanciosa ayuda económica. Es posible que los Estados Unidos hayan logrado captarse de esta manera al menos la atención de los nuevos países africanos, aunque queda por ver durante cuánto tiempo podrán mantener la «libertad» frente a ideologías y realidades más atractivas y significativas para los pueblos subdesarrollados, pero, en cambio, han deshecho toda posibilidad de llegar a soluciones análogas a las que Inglaterra admirablemente ha encauzado.

Una segunda cara aparece en Hispanoamérica; se trata más bien de la vieja cara del Tío Sam. No cuesta trabajo imaginar a Roosevelt y a Truman ordenando esta intervención, de acuerdo con la situación de aquellos tiempos. En cierto sentido, parece como si el Gobierno americano viese en Cuba y en todo el hemisferio americano una política que es necesario saldar y en la que es imposible toda iniciativa fresca, ya que los factores que conmueven a ese Continente están ya en marcha desde hace tiempo.

En Asia sacan a relucir los americanos una tercera cara; se mueven con extraordinaria prudencia y mimo, como si estuviesen convencidos de que ese viejo mundo de pagodas, caracteres exóticos y sabiduría infinita fuese algo



difícil de comprender y que requiriese extraordinario tacto. Sería interesante saber hasta qué punto han aceptado los americanos el hecho de que el destino de todo el sudeste asiático y aun de toda Asia estriba exclusivamente en una cuestión de desarrollo económico.

#### IV. RESULTADOS.

¿Cuál es la cara europea de la nueva política exterior de los Estados Unidos? Esto es lo que, indudablemente, se preguntaban los ministros europeos al enfrentarse con Dean Rusk en Oslo. El nuevo secretario de Estado tenía que demostrar ante todo a sus colegas su auténtica categoría personal. La intervención de otros organismos gubernamentales de los Estados Unidos en temas fundamentales de la política internacional, la libertad de acción de Stevenson, la incoherencia de la política americana, habían dejado a Rusk en una situación desairada. Se pensaba que sus opiniones carecían de peso en el Gobierno de su país. Era considerado por muchos como un simple administrador de los asuntos corrientes del Departamento de Estado. No ha tenido, sin embargo, gran dificultad en lograrlo, pues los comentarios fueron unánimemente favorables al término de la reunión. Rusk presentó resueltamente unas opiniones bastante explícitas y maniobró con extraordinaria habilidad, como se verá a continuación.

Efectivamente, la política americana respecto a la N. A. T. O. tiene un denominador común, incluso con las tres incoherentes caras antes mencionadas de la política exterior americana en otras partes del globo. No puede comprenderse lo que sucede en los Estados Unidos si no se tiene en cuenta que Kennedy acaba de ganar unas elecciones después de una campaña muy reñida, y que los electores esperan y exigen del nuevo Presidente que cumpla lo prometido. El tema fundamental de los discursos de Nixon y de Kennedy era el del prestigio y el poderío de los Estados Unidos en el mundo. El pueblo americano se sentía herido en su amor propio por los incidentes que marcaron el fin del mandato de Eisenhower, y exigió como criterio fundamental para el éxito en las urnas un Gobierno fuerte que recuperara la iniciativa de la política mundial para los Estados Unidos, que satisficiera en último término la egolatría del pueblo americano. Tanto los electores que votaron a Nixon como los que votaron a Kennedy votaban en realidad por la misma cosa, por un Gobierno fuerte que «diera una lección» a los rusos. Por ello, cuantas más sorpresas les dé el nuevo equipo, más satisfechos están los americanos, si con ello creen ver un retorno a la posición que ocupaban en el mundo en 1945. No debe sorprender, por tanto, que el Instituto Gallup

haya anunciado que después de la intentona cubana la popularidad de Kennedy se haya elevado hasta el 78 por 100; en el momento de su mayor popularidad, Eisenhower gozó tan sólo de un 79 por 100 de respuestas. Así, pues, tanto la actitud demagógica de Stevenson en el asunto de Angola, como la intervención militar en Cuba, merecen la cálida aprobación del cuerpo electoral y dan la clave de cuantas incoherencias aparezcan en la política exterior del nuevo Gobierno en estos primeros meses de su mandato.

Esta misma clave explica la actuación de Rusk en Oslo. Los Estados Unidos se han enfrentado en esta reunión con sus aliados europeos y les han hecho ver, sin lugar a dudas, que para ellos la N. A. T. O. es una alianza militar destinada exclusivamente a combatir la amenaza soviética en Europa y no una organización política regional. Además, como instrumento de la estrategia americana, los Estados Unidos han indicado su intención de hacer que la Organización marche por los caminos indicados por la necesidad estratégica, abandonando sus intentos dilatorios y sus ridículas pretensiones nacionalistas.

Para ello Dean Rusk se aprovechó de la debilidad diplomática del miembro más reticente de la alianza. El golpe de Argelia ha demostrado que la autoridad del general De Gaulle, aunque efectiva, es precaria. La inestabilidad política de Francia le impedía, naturalmente, exigir en el seno de la alianza una mayor responsabilidad y mayores atribuciones internacionales.

En segundo lugar, Dean Rusk se ha valido del deseo inglés de recuperar una perdida influencia sobre los Estados Unidos. Inglaterra intenta congraciarse lo más posible con el Gobierno americano, esperando que los yerros del nuevo equipo pasen pronto y hagan imprescindibles sus consejos, basados en una larga e inmediata experiencia y en un probado sentido común. Además, Inglaterra, junto con otros miembros de la alianza, desconfía abiertamente de las pretensiones hegemónicas de Francia, pretensiones nada quiméricas a la luz del desarrollo del Mercado Común y de las pruebas atómicas del Sahara.

Nada de extraño tiene entonces que Portugal haya observado una conducta tan discreta en la reunión. Se esperaba una violenta reacción e incluso se pensaba en la posibilidad de que Portugal abandonase la alianza. El ministro Nogueira tuvo una conversación privada con Rusk de dos horas y media, en la que probablemente se habló nuevamente de una promesa de ayuda económica como compensación de la pérdida de Angola. En la sesión subsiguiente, Portugal planteó su caso con moderación y firmeza. Recibió la comprensión de sus colegas, pero no su apoyo; se sugería la necesidad de

reformas en Angola. La alianza afirmaba que su misión era exclusivamente militar y dirigida tan sólo hacia una amenaza concreta en suelo europeo.

Vencidas estas tensiones, por un juego recíproco de intereses y pasiones, Rusk puso en movimiento una segunda maniobra. El deseo evidente de los Estados Unidos es dar una mayor efectividad a la alianza en el sentido indicado por el informe del grupo de estudio dirigido por Acheson: aumentar los contingentes convencionales y vender a los países europeos 120 proyectiles «Polaris».

Para forzar la mano de los europeos, Rusk anunció la concesión unilateral del ofrecimiento americano del plan: cinco submarinos con 80 proyectiles «Polaris» a bordo serán destinados en el Mediterráneo a disposición de la N. A. T. O., pero a las órdenes de las autoridades americanas. Los Estados Unidos esperan que ahora los aliados europeos no tendrán más remedio que aceptar su parte en el plan. Para ello, Rusk intentó hacerles ver la urgencia de estas medidas planteando nuevamente la cuestión de Berlín. Los occidentales temen que como una medida efectiva de la guerra fría los rusos celebren este verano un tratado de paz por separado con la Alemania oriental, que pondría la zona soviética de Berlín y los puestos de control de sus vías de acceso en manos de un Gobierno que los aliados no pueden reconocer ni admitir. El asunto ya se planteó el pasado año; su planteamiento en la reunión de Oslo ha tenido una ligera novedad. Los ministros afirmaron que «mantendrán la libertad del Berlín occidental y de su pueblo», y que «la denuncia por parte de la Unión Soviética de los acuerdos interaliados de Berlín no puede privar en manera alguna a las partes restantes de sus derechos ni descargar a la Unión Soviética de sus obligaciones». Pero se ha sabido que los aliados, curándose en salud, no se opondrán a un tratado de paz firmado por separado y que aceptarán incluso la inspección de sus convoyes por parte de las autoridades de la Alemania oriental como «agentes» de la U. R. S. S. El único punto irreductible de la cuestión de Berlín es la libertad de acceso, para cuya defensa se ha redactado ya un plan de defensa cuya forma definitiva se someterá en breve a los «tres grandes».

De todas maneras, no puede escapárseles a los americanos que si ellos desean que los aliados participen en una mayor proporción a los gastos de su defensa es necesario que satisfagan los deseos de los países europeos de tener una mayor proporción de la responsabilidad internacional. Nunca accederán los americanos a un sistema de responsabilidad colectiva en la conducción de los asuntos internacionales, y menos ahora, en que el cuerpo electoral exige acción e iniciativa por parte de su Gobierno. Los americanos, es paradójico, desconfían quizá más de los europeos que éstos de

ellos. Si los países europeos hablan de la poca madurez política de los americanos, de su soberbia incomprensión, de su falta de cortesía y de sus yerros, los americanos desprecian a los países europeos, en quienes ven pueblos cargados de prejuicios que ellos hace tiempo superaron, hinchados de orgullo nacional y costumbres execrables y enzarzados en conflictos domésticos inexplicables y poco razonables.

Por ello, Rusk traía en su cartera un arma de gran habilidad. Primero ofreció a sus colegas la posibilidad de discutir abiertamente, para lo que no estaban preparados, los problemas internacionales del momento, exponiendo las razones que asisten a los americanos para actuar de tal o cual modo. Con ello ha dado la impresión de reconocer en la N. A. T. O. un órgano de coordinación política que los americanos están lejos de desear. Pero además ha fortalecido esta convicción mediante una extensión de la responsabilidad política de la alianza. Efectivamente, en el comunicado final, los ministros afirmaron que «la amenaza que determinó su (los aliados) unión no es ahora tan sólo de naturaleza militar, sino que tiene además aspectos políticos, económicos, científicos y psicológicos de alcance mundial». En consecuencia, han decidido: 1) Establecer un Comité consultivo destinado al estudio de la política de la alianza a largo plazo (propuesta inglesa). 2) La creación de una serie de Comités destinados al estudio de problemas concretos en Africa, Medio Oriente, Extremo Oriente, Hispanoamérica, relaciones económicas con el bloque chino-soviético, fortalecimiento de la economía atlántica, medidas para combatir la subversión, política de información y posiblemente de desarme; la composición de estos Comités, como su número, se decidirá ulteriormente por el Consejo Permanente. 3) Enviar un Comité compuesto de tres expertos a Grecia y Turquía para estudiar sus necesidades de ayuda económica (propuesta americana).

Se ha pensado así en neutralizar los deseos de Francia de tener más peso en la conducción de los asuntos internacionales por los Estados Unidos, dando una posibilidad de hacerlo a través de los Comités, sin privar a los demás miembros de la alianza de hacer otro tanto. Inglaterra también ha pensado que el peso de sus razones se hará sentir, naturalmente, en estos Comités. Estados Unidos piensan lograr una participación europea en la ayuda económica a Grecia y Turquía, puntos claves de la estrategia de la N. A. T. O. en su zona meridional.

La reunión de Oslo, por tanto, no ha dado las sorpresas que todos esperaban. En cambio, ha producido resultados no menos sorprendentes en otro campo. Los Estados Unidos parecen haber salido airoso de sus tensiones con Europa; se ha abierto, indudablemente, una puerta a la participa-

ción económica de Europa en su propia defensa. De todas formas, del funcionamiento de esos Comités depende, indudablemente, el éxito de la política americana en la alianza. Esto es lo que se empezará a vislumbrar después de la entrevista entre el general De Gaulle y el Presidente Kennedy, que se celebrará a fines de mayo y de la que dependerá, en definitiva, el rumbo de la alianza atlántica. También han pesado considerablemente sobre la reunión de Oslo las negociaciones que infructuosamente se están llevando a cabo en Ginebra para suspender las pruebas nucleares de ambos bandos. La próxima conferencia sobre el desarme, la entrevista con Kruschev, serán puntos que, de dar algún resultado, cambiarán el aspecto de la alianza con mucha mayor fuerza que las reuniones del Consejo de Ministros.

De todas formas, si se quiere que los Estados europeos participen en una mayor proporción en su propia defensa y en la de los Estados Unidos, debería añadirse que, aumentando los contingentes de sus fuerzas convencionales con objeto de su defensa no dependa tanto del potencial atómico de los Estados Unidos, es necesario que éstos reconozcan en sus aliados el derecho a ser considerados como Estados igualmente soberanos, no menos afectados en sus intereses y en su seguridad por los acontecimientos internacionales en cualquier parte del globo, y a quienes debe tenerse en cuenta en el momento de decidir direcciones políticas que afectan irremisiblemente a todo el mundo occidental.

JACQUES ROEMON.

